



Conferencia Nacional
de Organización.

Agosto 2002

Porque somos Socialistas

Camilo Escalona Medina
Presidente del Partido Socialista
de Chile

Distinguidos invitados:

Compañeros y compañeras:

Iniciamos nuestra Conferencia Nacional de Organización rindiendo homenaje al presidente Salvador Allende, el primero entre los socialistas.

En efecto, saludamos al luchador y al estadista que inspiró y orientó los esfuerzos transformadores del socialismo chileno durante más de tres décadas. Rememoramos la obra y el legado de Allende, al demócrata tenaz y al revolucionario no pocas veces incomprendido, incluso dentro de nuestro propio Partido, por su anhelo vehemente de forjar un camino original que hiciera viable la creación de una nueva sociedad, en correspondencia con los valores humanistas, libertarios y emancipadores de nuestros fundadores. Como sabemos y aprendimos con dolor, su mensaje no fue escuchado y sus propósitos de cambio social en democracia fueron ahogados por la dictadura más brutal. Pero su legado de consecuencia y firmeza, plena inquietud intelectual y afán creador, deben inspirar el trabajo de esta Conferencia Nacional de Organización.

Este evento, por su representatividad y por las circunstancias nacionales en que se lleva a cabo trasciende los aspectos formales de su convocatoria y está llamado a constituirse en un punto de referencia obligado en el debate democrático del Partido, con miras a potenciar sus fortalezas, corregir sus debilidades y aumentar su convocatoria nacional.

Me explico:

Esta Conferencia Nacional de Organización surge con el objetivo preciso de incentivar democráticamente la producción de ideas en el Partido, que alimenten su consistencia conceptual, reperfilen su textura cultural e incrementen, por tanto, su presencia política en la situación nacional. Eso exige un debate agudo, profundo y crítico, de lo contrario, correríamos el riesgo de un torneo sólo ritual, pero para alcanzar el afán primordial de fortalecer el Partido y su ascendiente en la sociedad, este intercambio de opiniones requiere ser necesariamente unitario, fraterno, constructivo y sin verbalismos autodestructivos.

Debemos derrotar el designio de autodescalificación partidaria que hace las delicias de nuestros adversarios políticos. Tanto es así, que hay ciertos medios de prensa, que se "soban las manos", vaticinando un "tornado" auto-flagelante induciendo sin disimulo la confrontación interna.

De modo, que en la necesidad del debate, pero también en el "cómo" éste se realiza está planteado un tema esencial, que es el estilo de hacer política



del partido, para hacerse cargo de los nuevos desafíos, aquellos que van más allá de lo inmediato y coyuntural y se articulan con el proyecto de sociedad al que aspiramos. Hasta ahora, este tema se confundió con el dilema entre renovación y ortodoxia en el Partido. Sin embargo, resulta evidente que ese asunto está hoy enteramente superado.

Salvo nostalgias muy añejas no hay en el Partido Socialista, núcleos significativos de opinión que quieran reeditar el pasado en el nuevo contexto que vivimos. Lo que hay, sin duda, es una voluntad de cautelar nuestro patrimonio histórico como Partido. Por eso, aquellas opciones que cada cierto tiempo señalan que los símbolos y la tradición partidaria son un peso muerto, o a lo menos, una incomoda carga política, son opciones o énfasis básicamente individuales.

Ninguna fuerza política, para mantener su vigencia, puede remitirse a la repetición de sus consignas emblemáticas porque las circunstancias cambian y la sociedad evoluciona y tales transformaciones exigen innovar y responder a los nuevos desafíos. Asimismo, no hay fuerza política madura que no sostenga su mirada al futuro en una sólida base conceptual, en el cual su memoria histórica juega un rol esencial. Tradición y renovación se requieren inseparablemente en el proceso de construcción de la identidad socialista de este periodo, capaz de influir y transformar las realidades sociales de hoy.

Por ello, es conveniente pasar revista al proceso ideológico y político vivido por el Partido Socialista en las últimas décadas.

El proceso de renovación socialista viene desde muy lejos. Desde su declaración de principios de 1933 el Partido Socialista se propuso fundar y desplegar una nueva fuerza política de los trabajadores chilenos, del mundo popular y las clases desposeídas. Una fuerza audaz y creadora. Ese propósito se expresó en figuras notables como Eugenio Matte, Marmaduque Grove, Oscar Schnake, Salvador Allende, Raúl Ampuero y Eugenio González. Este último en su "Fundamentación teórica del Programa del Partido Socialista (1947)", entregó una base de principios, cuyo sentido humanista y libertario está vigente.

En torno a los debates sobre socialismo y democracia, que marcaron al movimiento mundial de los trabajadores durante el siglo XX, fue Eugenio González quien afirmó en 1949 que: "Como heredero del patrimonio cultural, repudia el socialismo cualquier forma de Estado totalitario". Así como, insistiendo en el sentido humanista de la propuesta socialista, señalaba: "...nuestra política no se basa como muchos parecen creer, en las abstractas consideraciones de una teoría económica sino en las necesidades reales del hombre concreto.", concluyendo "Para el socialismo, la transformación radical de la estructura económica es sólo el medio para posibilitar el fin, que es el pleno desenvolvimiento de la personalidad humana."



del partido, para hacerse cargo de los nuevos desafíos, aquellos que van más allá de lo inmediato y coyuntural y se articulan con el proyecto de sociedad al que aspiramos. Hasta ahora, este tema se confundió con el dilema entre renovación y ortodoxia en el Partido. Sin embargo, resulta evidente que ese asunto está hoy enteramente superado.

Salvo nostalgias muy añejas no hay en el Partido Socialista, núcleos significativos de opinión que quieran reeditar el pasado en el nuevo contexto que vivimos. Lo que hay, sin duda, es una voluntad de cautelar nuestro patrimonio histórico como Partido. Por eso, aquellas opciones que cada cierto tiempo señalan que los símbolos y la tradición partidaria son un peso muerto, o a lo menos, una incomoda carga política, son opciones o énfasis básicamente individuales.

Ninguna fuerza política, para mantener su vigencia, puede remitirse a la repetición de sus consignas emblemáticas porque las circunstancias cambian y la sociedad evoluciona y tales transformaciones exigen innovar y responder a los nuevos desafíos. Asimismo, no hay fuerza política madura que no sostenga su mirada al futuro en una sólida base conceptual, en el cual su memoria histórica juega un rol esencial. Tradición y renovación se requieren inseparablemente en el proceso de construcción de la identidad socialista de este periodo, capaz de influir y transformar las realidades sociales de hoy.

Por ello, es conveniente pasar revista al proceso ideológico y político vivido por el Partido Socialista en las últimas décadas.

El proceso de renovación socialista viene desde muy lejos. Desde su declaración de principios de 1933 el Partido Socialista se propuso fundar y desplegar una nueva fuerza política de los trabajadores chilenos, del mundo popular y las clases desposeídas. Una fuerza audaz y creadora. Ese propósito se expresó en figuras notables como Eugenio Matte, Marmaduque Grove, Oscar Schnake, Salvador Allende, Raúl Ampuero y Eugenio González. Este último en su "Fundamentación teórica del Programa del Partido Socialista (1947)", entregó una base de principios, cuyo sentido humanista y libertario está vigente.

En torno a los debates sobre socialismo y democracia, que marcaron al movimiento mundial de los trabajadores durante el siglo XX, fue Eugenio González quien afirmó en 1949 que: "Como heredero del patrimonio cultural, repudia el socialismo cualquier forma de Estado totalitario". Así como, insistiendo en el sentido humanista de la propuesta socialista, señalaba: "...nuestra política no se basa como muchos parecen creer, en las abstractas consideraciones de una teoría económica sino en las necesidades reales del hombre concreto.", concluyendo "Para el socialismo, la transformación radical de la estructura económica es sólo el medio para posibilitar el fin, que es el pleno desenvolvimiento de la personalidad humana."



En efecto, a pesar de la agresión imperialista contra Chile ordenada por Richard Nixon, apenas alcanzado el triunfo presidencial en 1970 y, en consecuencia, conciente de la importancia del eventual apoyo del entonces campo socialista para contrapesar el asedio norteamericano, Salvador Allende, expuso en su mensaje a la nación del 21 de mayo de 1971, que la médula básica de su esfuerzo era que Chile fuese "la primera nación de la tierra llamada a conformar el segundo modelo de transición a la sociedad socialista" y fue tajante en afirmar en uno de sus apasionados discursos que "No se puede repetir la experiencia revolucionaria de la Unión Soviética, la de China Popular, la de Cuba, en Chile", reafirmando que "Chile está haciendo su revolución y debe hacerla con la realidad chilena, con su historia, con su tradición, con sus costumbres".

En el esfuerzo gigantesco realizado por Allende en la búsqueda de un camino propiamente chileno para el cambio social, se sintetizaron el afán de lucha y el espíritu revolucionario, humanista, libertario y popular de nuestro Partido.

Inmediatamente después un nuevo paso renovador surge bajo las dramáticas circunstancias posteriores al golpe de Estado de 1973. Se trata de un cambio en la esfera política, cuya trascendencia abarca el conjunto del proyecto histórico partidario: en medio de la etapa más dolorosa de nuestra existencia, la dirección clandestina encabezada por Exequiel Ponce, irrumpe en el debate interno con la afirmación inequívoca que para derrotar la dictadura era indispensable el acuerdo con la Democracia Cristiana, y la configuración del más ancho arco opositor posible. Incomprendida en un inicio, la dirección clandestina del Partido Socialista adelantó lo que vendría a ser en el curso del tiempo, un cambio estratégico no sólo en la política socialista sino que en el conjunto del escenario nacional.

A nuestros detenidos desaparecidos, en particular a Exequiel Ponce, a Carlos Lorca y a Ricardo Lagos Salinas, les cabe el mérito de haber generado el primer impulso para que la izquierda y el centro, el centro y la izquierda conformaran en los años 80, el acuerdo estratégico que hizo viable la recuperación de la democracia

Luego evolucionamos profundamente en lo referente a la visión cultural sobre el rol político-histórico del Partido. Atravesamos la densa atmósfera del dogmatismo cuyo rasgo esencial radicaba en la concepción mesiánica del rol de la vanguardia como un núcleo de luchadores, que detentando la verdad absoluta del proceso histórico, asumía la función de concretar esa certeza a partir de su propio y esencial sacrificio.

La idea correcta que no existen luchas populares exitosas si no media la intervención del actor político que las conduzca, y que resuelva certeramente las tareas políticas y socio-históricas que es imposible se arreglen con la sola espontaneidad de las convulsiones sociales, se había teñido de aquel



sentido iluminista que pedía la sola voluntad de la vanguardia organizada para "tomar el cielo por asalto."

La prolongación de la dictadura y el duro bregar de esa larga etapa nos enseñó el valor primordial del entendimiento de las fuerzas sociales y Partidos Democráticos. Es decir, vimos en el acuerdo antidictatorial no sólo un instrumento legítimo de la tarea libertaria, sino que además pasamos a ser un actor dispuesto a influir y ser influido en las responsabilidades compartidas y la conducción de un mismo proyecto democrático, con otras fuerzas políticas.

En suma, la evolución del pensamiento político del Socialismo chileno jugó un papel esencial, primero en la derrota política de la dictadura y luego en el fracaso de los planes de regresión autoritaria, al promover y viabilizar la fuerza alternativa que ejerciera el gobierno y conjurara el peligro de inestabilidad en cuya manipulación y amenaza se escudaba el pinochetismo. A la luz de la línea larga del proceso histórico, el Partido Socialista no tiene razones para acomplejarse.

Ahora bien, la defensa que hacemos de la validez de las grandes opciones asumidas, tales como el camino político para derrotar la dictadura y la lucha social como su sostén principal, además de la formulación y consecución de una alianza política capaz de materializar el cambio democrático y el camino de la reunificación socialista como requisito para contar con un actor de izquierda fuerte y gravitante, no hacen ni podrían hacer del Partido Socialista una fuerza infalible, perfecta, sin errores. Los tenemos y muchos.

Que asumamos la transición tal cual como ha ocurrido y la valoremos, tampoco significa dejar de apreciar sus limitaciones y carencias.

Es fuerte decirlo, pero la estrategia de la derrota política de la dictadura está aun inconclusa, en la medida que persiste un esquema institucional que entrega a la minoría poder de veto sobre la mayoría. Esta "anomalía" institucional persiste desde los cambios constitucionales negociados en 1989, en que la conducción concertacionista con toda la fuerza política que dio el triunfo del NO, no logró imponer el término de los cerrojos antidemocráticos.

Esta realidad, erróneamente caracterizada como "transición pactada", generó el espacio político, de intervención autoritaria y mediatización oligárquica de la transición, en el que se incubó y reinstaló una derecha confrontacional, que sin credenciales de efectiva renovación democrática, asume su crecimiento como la reafirmación de lo obrado con el recrudecimiento de su fanatismo e intolerancia. En la derecha quien se autocritica o pide perdón por los crímenes de la dictadura es, sencillamente, aplastado.

En este contexto de contradicciones, de una transición de dos caras y de una realidad chilena de enormes contrastes, nos hemos guiado por una línea



de principios: ampliar y profundizar la democracia a través de una línea de reformas sucesivas en el plano institucional y económico-social, de acuerdo con lo mejor de nuestra tradición allendista.

En este proceso tuvimos también que romper con una visión dogmática del Estado, que no siendo propia del socialismo chileno, influía nuestra propuesta desde el auge revolucionario producido en los años 60 - 70. Tal concepción que aceptaba un rol omnipotente del Estado y justificaba la instalación de un sistema de partido único, quedó a poco andar, en la frontera de los años 80 al 90, enteramente agotada una vez colapsada la ex Unión Soviética y el llamado campo socialista, ante la ausencia de democracia, el burocratismo y la falta de participación que afectara a las sociedades de la entonces Europa del Este, factores que hicieron inconducente un proyecto socialmente compartido y una economía viable y solvente.

El socialismo chileno observó el término de la experiencia comunista en Europa del Este, cuando ya transitaba por un camino político-democrático, en que la ampliación y extensión de las libertades es condición y fundamento de la lucha por la dignidad y la igualdad para todos. A pesar de las limitaciones de la transición, hemos formado parte de un Proyecto Histórico cuyo sentido final aspira a que la libertad se encuentre y abrace con los derechos y la igualdad de hombres y mujeres. Porque somos socialistas hemos trabajado con tesón para materializar una democracia sólida y sin cortapisas de ninguna especie.

El extremismo de izquierda desconoce la importancia de todo este proceso. En su simplificación dogmática confunde la democracia con el Estado en su conjunto, aún piensa estrechamente que el mismo es únicamente un órgano de explotación sobre las mayorías populares. Que trascendencia tiene, en este sentido, para la izquierda y el socialismo, el justo y correcto rescate del pensamiento de Allende y de su incansable afán de abrir nuevos espacios y condiciones para el movimiento popular, a través de la sucesiva profundización de la democracia, para lo cual resulta esencial lograr que las instituciones políticas del Estado adquieran crecientemente contenido social, sean capaces de evolucionar de acuerdo con el pulso multitudinario del pueblo organizado y logren representar al conjunto del interés nacional.

En estos años, llegó también el momento ineludible de ajustar nuestros conceptos frente al tema de la economía y la pobreza. Porque somos socialistas hemos bregado para oponernos al economicismo reinante, que entrega el futuro al juego espontáneo e irracional del libre mercado y que en función del mismo, se muestra dispuesto a desconocer y atropellar los derechos sociales, laborales y medioambientales de las grandes mayorías nacionales.

No nos puede gustar un tipo de sociedad en que se induce violentamente a consumir, prometiendo ascenso social y realización personal de acuerdo con la marca de las zapatillas, camisetas, shampoo o perfume que se use y, al



mismo tiempo, se exige endurecer las medidas represivas contra los jóvenes, se levante un escándalo nacional por un desnudo o se lanza una cruzada moral ante el trámite de la ley de divorcio vincular.

Pero, nos violenta más aún, que la hipocresía de la derecha pida desregulación en la economía y maximización de las ganancias de los grupos financieros, para luego exigir demagógicamente del gobierno cubrir las demandas sociales básicas, con un Estado mínimo, que opera con una baja carga tributaria para financiar su tarea social.

Ante el conjunto de los temas sociales planteados en el país: Reforma Solidaria de Salud, Bono de Protección familiar, políticas de vivienda social, aumento de los años de enseñanza obligatoria, incremento de las pensiones, topamos con el mismo límite estructural, la falta de recursos públicos, en un país en el que la banca reconoce arrogante un 21% de ganancias anuales y los empresarios "exitosos" sólo quieren rebajar los impuestos.

Por ello y con la convicción que el país puede más, solicitamos en marzo pasado un aumento del gasto social y un Plan de Acción en la materia, que se concretó en los anuncios del Presidente Lagos el pasado 21 de mayo. Al asumir esta Mesa en mayo del 2001, señalé que nos guiaríamos por una conducta de inalterable lealtad democrática hacia nuestro propio gobierno. Y hemos cumplido. Algunos dicen que esta línea de conducta es de un alto costo para el Partido Socialista. Están equivocados.

Sería incomprensible para el país y una deslealtad imperdonable mirar al techo o congratiamos con las fuerzas conservadoras que atacan a Lagos para recibir algún presente griego, sean lisonjas verbales o espacios comunicacionales.

Sin embargo, lo más importante, es que nuestra lealtad y apoyo no ha impedido que hagamos presente con fuerza nuestra opinión en los temas fundamentales. Hemos trabajado, por la profundización del sentido social de la acción gubernativa y, a través, de la Reforma Solidaria de la Salud, del plan Chile Solidario y del reforzamiento de la Reforma Educacional, así lo ha recogido el Gobierno, a pesar de las estrecheces del ciclo recesivo en la economía.

Hemos contribuido a un logro cultural y político en el que pocos se detienen a pensar. Estamos logrando reformas sociales a pesar de que el crecimiento económico no alcanzará el 3% anual. Es decir, que aún cuando serían deseables cifras más altas de crecimiento, queda demostrado que era posible y conveniente ejecutar un amplio Plan Social, como factor esencial para la integración del país y, en definitiva, para la estabilidad democrática de la nación.

Aún cuando la agenda social del país tiene temas pendientes que son gra-



del partido, para hacerse cargo de los nuevos desafíos, aquellos que van más allá de lo inmediato y coyuntural y se articulan con el proyecto de sociedad al que aspiramos. Hasta ahora, este tema se confundió con el dilema entre renovación y ortodoxia en el Partido. Sin embargo, resulta evidente que ese asunto está hoy enteramente superado.

Salvo nostalgias muy añejas no hay en el Partido Socialista, núcleos significativos de opinión que quieran reeditar el pasado en el nuevo contexto que vivimos. Lo que hay, sin duda, es una voluntad de cautelar nuestro patrimonio histórico como Partido. Por eso, aquellas opciones que cada cierto tiempo señalan que los símbolos y la tradición partidaria son un peso muerto, o a lo menos, una incomoda carga política, son opciones o énfasis básicamente individuales.

Ninguna fuerza política, para mantener su vigencia, puede remitirse a la repetición de sus consignas emblemáticas porque las circunstancias cambian y la sociedad evoluciona y tales transformaciones exigen innovar y responder a los nuevos desafíos. Asimismo, no hay fuerza política madura que no sostenga su mirada al futuro en una sólida base conceptual, en el cual su memoria histórica juega un rol esencial. Tradición y renovación se requieren inseparablemente en el proceso de construcción de la identidad socialista de este periodo, capaz de influir y transformar las realidades sociales de hoy.

Por ello, es conveniente pasar revista al proceso ideológico y político vivido por el Partido Socialista en las últimas décadas.

El proceso de renovación socialista viene desde muy lejos. Desde su declaración de principios de 1933 el Partido Socialista se propuso fundar y desplegar una nueva fuerza política de los trabajadores chilenos, del mundo popular y las clases desposeídas. Una fuerza audaz y creadora. Ese propósito se expresó en figuras notables como Eugenio Matte, Marmaduque Grove, Oscar Schnake, Salvador Allende, Raúl Ampuero y Eugenio González. Este último en su "Fundamentación teórica del Programa del Partido Socialista (1947)", entregó una base de principios, cuyo sentido humanista y libertario está vigente.

En torno a los debates sobre socialismo y democracia, que marcaron al movimiento mundial de los trabajadores durante el siglo XX, fue Eugenio González quien afirmó en 1949 que: "Como heredero del patrimonio cultural, repudia el socialismo cualquier forma de Estado totalitario". Así como, insistiendo en el sentido humanista de la propuesta socialista, señalaba: "...nuestra política no se basa como muchos parecen creer, en las abstractas consideraciones de una teoría económica sino en las necesidades reales del hombre concreto.", concluyendo "Para el socialismo, la transformación radical de la estructura económica es sólo el medio para posibilitar el fin, que es el pleno desenvolvimiento de la personalidad humana."



Sin embargo, dado el clima imperante por los efectos del desarrollo desigual y de una globalización intervenida por los poderes transnacionales manifestamos que estamos lejos de querer reemplazar el ídolo periclitado de la planificación estatal por el ídolo insaciable y ciego de las fuerzas preponderantes del mercado desregulado y concentrador de la riqueza que tenemos como foco principal de esta etapa mundial.

Frente a aquellos que dicen que esta opción no es sino una reafirmación de un resentimiento incurable en nuestra matriz de pensamiento, bastaría solo reiterar una denuncia publicada en el diario El Mercurio, hace algunas semanas en que se constata, que en este mundo globalizado -que genera maravillas impensadas y en que ya es posible el turismo espacial-, es también el lugar donde se produce una escalofriante realidad: cada siete segundos muere un niño por falta de alimentación y cifras de N.U. reconocen cerca de 250 millones de niños en situación de esclavitud o explotación extrema en el planeta.

A la par del asombro por la genética, la biotecnología y la clonación de seres vivos, incluyendo el propio ser humano, se está ante una civilización incapaz de atender y respetar la vida de los suyos. De tal magnitud son las desigualdades y el desbalance de poder en la globalización que existiendo una industria alimentaria que según cálculos moderados alcanza a nutrir a una población mundial dos veces superior a la actual, tenemos que convivir con una tragedia humana tan atroz como que en el lapso que he demorado decir este párrafo, varios niños en el mundo dejaron de existir a causa del hambre.

Porque somos socialistas no dejaremos de luchar contra estas deformaciones monstruosas y por un espacio de respeto, dignidad, calidad de vida para las personas y un sentido humanista que oriente las fuerzas productivas que ha generado el ser humano.

El futuro de la humanidad no está en la desregulación y el manejo especulativo de los flujos de capital que han conducido a una civilización dual, en que el 20% más rico controla al 86% de la riqueza a escala mundial y el 20% más pobre debe resignarse a recibir el 1% de la misma.

La globalización es parte de la vida del hombre. El afán de vencer el tiempo y la distancia surgió desde los primeros pasos del ser humano. Luego miles de navegantes y exploradores de todas las razas, representados por Marco Polo y Cristóbal Colón lo hicieron propósito práctico. Ahora este impulso vital, esencial para el progreso y palanca determinante del desarrollo de las fuerzas productivas interactúa y se entrelaza con las distorsiones y la desigualdad propias de la época neoliberal. De allí surge nuestra lucha por un nuevo orden en materia de seguridad económica y social en el mundo, por el respeto a todas las naciones, pueblos y fuerzas sociales.



del partido, para hacerse cargo de los nuevos desafíos, aquellos que van más allá de lo inmediato y coyuntural y se articulan con el proyecto de sociedad al que aspiramos. Hasta ahora, este tema se confundió con el dilema entre renovación y ortodoxia en el Partido. Sin embargo, resulta evidente que ese asunto está hoy enteramente superado.

Salvo nostalgias muy añejas no hay en el Partido Socialista, núcleos significativos de opinión que quieran reeditar el pasado en el nuevo contexto que vivimos. Lo que hay, sin duda, es una voluntad de cautelar nuestro patrimonio histórico como Partido. Por eso, aquellas opciones que cada cierto tiempo señalan que los símbolos y la tradición partidaria son un peso muerto, o a lo menos, una incomoda carga política, son opciones o énfasis básicamente individuales.

Ninguna fuerza política, para mantener su vigencia, puede remitirse a la repetición de sus consignas emblemáticas porque las circunstancias cambian y la sociedad evoluciona y tales transformaciones exigen innovar y responder a los nuevos desafíos. Asimismo, no hay fuerza política madura que no sostenga su mirada al futuro en una sólida base conceptual, en el cual su memoria histórica juega un rol esencial. Tradición y renovación se requieren inseparablemente en el proceso de construcción de la identidad socialista de este periodo, capaz de influir y transformar las realidades sociales de hoy.

Por ello, es conveniente pasar revista al proceso ideológico y político vivido por el Partido Socialista en las últimas décadas.

El proceso de renovación socialista viene desde muy lejos. Desde su declaración de principios de 1933 el Partido Socialista se propuso fundar y desplegar una nueva fuerza política de los trabajadores chilenos, del mundo popular y las clases desposeídas. Una fuerza audaz y creadora. Ese propósito se expresó en figuras notables como Eugenio Matte, Marmaduque Grove, Oscar Schnake, Salvador Allende, Raúl Ampuero y Eugenio González. Este último en su "Fundamentación teórica del Programa del Partido Socialista (1947)", entregó una base de principios, cuyo sentido humanista y libertario está vigente.

En torno a los debates sobre socialismo y democracia, que marcaron al movimiento mundial de los trabajadores durante el siglo XX, fue Eugenio González quien afirmó en 1949 que: "Como heredero del patrimonio cultural, repudia el socialismo cualquier forma de Estado totalitario". Así como, insistiendo en el sentido humanista de la propuesta socialista, señalaba: "...nuestra política no se basa como muchos parecen creer, en las abstractas consideraciones de una teoría económica sino en las necesidades reales del hombre concreto.", concluyendo "Para el socialismo, la transformación radical de la estructura económica es sólo el medio para posibilitar el fin, que es el pleno desenvolvimiento de la personalidad humana."



Porque aspiramos a un Estado sólido, regionalizado, capaz de reconocer la diversidad de sus pueblos originarios, un país integrado y una nación de hermanos es que somos socialistas.

Porque valoramos los derechos humanos como la base ética de la sociedad humana y porque aspiramos a que ellos se proyecten en derechos sociales, económicos, étnicos y medio ambientales es que somos socialistas.

Porque actuamos con la convicción que algunos milenios de civilización han bastado para que el ser humano esté en condiciones técnicas y materiales de superar la pobreza y toda forma de discriminación, forjando una nueva sociedad es que somos socialistas.

Interpelo, a todos, a valorar nuestra contribución decisiva al restablecimiento democrático de la nación como poderosa palanca de renovación y relanzamiento del pensamiento socialista y democrático que nos anima.

En conclusión, pasando revista a la realidad nacional de los últimos 30 años, podemos afirmar que no hay fuerza política en Chile que haya vivido y experimentado los procesos de renovación, con sentido progresista y avanzado que ha sido capaz de protagonizar el Partido Socialista.

El proceso de la renovación socialista tuvo el mérito de dotar al Partido de una base conceptual capaz de vitalizar su rol en la transición democrática. A su vez, la defensa de su tradición de lucha y su condición popular facilitó la irremplazable articulación entre renovación y memoria histórica, lo que ha permitido asegurar su continuidad como fuerza de izquierda, cualidad esencial de su ser partidario.

Ambas ideas son fundamentales. Por un lado, y sin renovarse el Partido hubiera limitado severamente su capacidad de acción política, en tanto que haber hecho dejación de su condición de fuerza de izquierda lo hubiese empujado a un vacío conceptual, social y valórico que le habría resultado fatal.

Pero, hay quienes consideran que todo este esfuerzo es insuficiente, y que no basta. Caben entonces las preguntas ¿no basta para que?, ¿qué más?, ¿qué quieren nuestros críticos? Que el Partido Socialista se asocie al libremercadismo reinante y se resigne a que en el país impere la ley del más fuerte y prevalezca aquel que tiene más dinero?

Obviamente, la unanimidad de los socialistas rechazan esa pretensión.

Probablemente, nuestros adversarios pretenden que asumamos los vientos seudomodernizadores del pensamiento neoliberal. Aquel que entiende que mientras más se pueda expresar a un país y a sus trabajadores se es más "moderno". Aquel que intenta persuadir que derechos sociales y protección de los más débiles son un lastre ideológico pasado de moda.



Sin duda, asistimos a una situación mundial marcada por una compulsiva presión mediática que distingue y aclama a los que se someten, a la par, que sataniza y deslegitima a quienes porfían en sus propios proyectos y no lanzan por la borda sus sueños más profundos. En los últimos meses hemos visto como se ponen en marcha los vetos fácticos frente al ejercicio de la voluntad ciudadana. Me refiero al caso de Lula en Brasil. Los aparentemente "apolíticos" mercados financieros han entrado a tallar con toda su fuerza de intervención antidemocrática.

Este poder pretende establecer un tipo de globalización en que la política cuenta solo como factor de legitimación del mandato de fuerzas anónimas pero incontrarrestables. El Partido Socialista rechaza un modelo de sociedad sometido al juego bursátil, en que el producto generado por las fuerzas productivas en que se expresa el trabajo socializado de millones de hombres se despilfarra, oculta o desvanece en los laberintos especulativos del sistema financiero.

Esta etapa de la globalización tiene un sello: exacerbada desigualdad, competencia implacable e irrefrenable individualismo, he ahí la triada preferida del actual modelo mundial, conducente a un estado de indiferencia y atomización social que debilita los Estados, anula las políticas públicas y a la larga establece un gobierno transnacional, extrainstitucional. No hay otra respuesta a este fenómeno que cuidar la democracia, enriquecer sus instituciones participativas y acentuar el rol del Estado como interlocutor de toda la nación para cautelar sus intereses legítimos

Por eso que es tan importante consolidar una democracia sana, con auténtico y efectivo respaldo social. De modo que el sistema político responda al interés de la mayoría. Por ello son, tan graves los fenómenos de desencanto y debilitamiento del sistema político.

Nuestro mayor problema es un Estado pequeño ante tremendas desigualdades y la mezquindad de un tipo de capitalismo que todo lo concibe como lucro y ganancia fácil. Lamentablemente las intolerancias y demasías en los debates democráticos y el "vedetismo" que cristaliza como tumor incurable en la política mediática, incluido un radicalismo contestatario que todo lo encuentra malo, son efectivos aliados de aquellos poderosos círculos financieros que pretenden anular la acción y el peso de las instituciones democráticas. Sin ellas, sin su presencia eficaz los más desposeídos quedarán librados definitivamente a su suerte. O mejor dicho, su mala suerte.

Hay que ser muy claros, nuestro esfuerzo radica en lograr que la democracia pueda prevalecer por sobre los vetos e injusticias del mercado, nuestra lucha es por la realización de un vasto y consistente Programa Social que responda desde nuestro propio gobierno a las expectativas mayoritarias de la nación chilena.



Compañeras y compañeros:

Permítanme avanzar una opinión acerca de nuestras insuficiencias partidarias, que no pretende, por cierto, limitar o excluir otros análisis al respecto.

En mi concepto ha gravitado fuertemente a lo largo de la última década, desde la unidad socialista en 1989, nuestra debilidad para establecer y respetar un centro direccional único que no sea cuestionado desde el propio Partido. Me explico, muchas afirmaciones esenciales del ser socialista de este periodo, tenían dos, tres o incluso más versiones contradictorias, dificultando severamente la generación de una identidad socialista y democrática de izquierda.

Por ejemplo, desde la mesa se afirmaba que CODELCO debía seguir en manos del sector público, pero había quienes señalaban que se podía privatizar o, cuando rechazamos la venta de las sanitarias, al mismo tiempo, surgían voces que pugnaban por lo contrario. ¿Cuántas veces el Partido adoptó resoluciones advirtiendo oportunamente los peligros de un exitismo economicista, empapado de la idea de privatizarlo todo y cuantas no fueron también las veces, que los medios de derecha buscaron y se las ingeniaron para que fueran figuras socialistas quienes se cruzaran y desmintieran las resoluciones institucionales del Partido?

Siento que el gran propósito de darle identidad y coherencia a nuestros esfuerzos para ganar convocatoria y amplitud social, se tropezaron con apuestas individuales que siendo legítimas, en una fuerza pluralista, no permitieron al Partido la consolidación de su imagen y configuración político-cultural.

Es evidente que en la vida partidaria coexisten fenómenos contradictorios, por un lado, hay un campo de acuerdo en los temas de fondo que es muy sólido, envidiable si lo comparamos con otras situaciones históricas, algunas de las cuales laceraron fuertemente nuestra integridad como formación política, pero, por otro lado, la manifestación de las diferencias alcanza inmediatas y resonantes expresiones públicas que dañan severamente nuestra proyección hacia la sociedad.

De modo que a pesar que en materias estratégicas el Partido se orienta por decisiones tomadas congreso tras congreso por claras mayorías como ocurre en lo referente al respaldo al Gobierno y la gestión del presidente Lagos, la consecuencia práctica es una imagen de desorden, que junto con ser irreal frente a los temas de fondo, nos debilita y resta efectividad política.

Pareciera que más de una vez olvidamos que la derecha de hoy representa un autoritarismo de nuevo cuño: la manipulación populista de la pobreza para fomentar y fermentar una animosidad contra la política como acción y



servicio público, para anular su efectividad y consolidar el status de dominación de los mismos que oprimen y concentran la riqueza nacional.

En nuestro país, el manejo mediático de la derecha es altamente complejo y tecnificado. Cuando se trataba de atemperar la transición ensalzaban las posiciones "realistas", o fuertemente "minimalistas" que le permitieran ganar tiempo para alargar indefinidamente la democratización del país.

Ahora la derecha quiere más, se siente fuerte y desprecia los "consensos" su objetivo es la totalidad del poder, para lo cual ayudan eficazmente a amplificar las disensiones y pugnas en el mundo concertacionista.

En el fondo y aprovechando nuestros errores, la derecha quiere anular, o lo que es lo mismo, impedir que el gobierno del presidente Lagos sea capaz de construir. Quieren entorpecer y bloquear su esfuerzo gubernamental y, en especial, hacer imposible el cumplimiento de sus compromisos sociales.

Pretenden nuestra derrota el 2005 como resultado del deterioro de la situación social y económica del país. Por eso, aplaudirán todo lo que sea desorden, desprestigio de la política y de las instituciones democráticas y tratarán de ocultar o impedir los logros y avances sociales.

Sobre nuestros errores no se trata de buscar responsables aislados ni de levantar el dedo contra nadie. Los socialistas nos debemos una cuota de cariño hacia nosotros mismos. Así lo dije en el Congreso de 1996 y lo reitero ahora, tengamos más afecto y consideración hacia nuestro propio Partido. Desde sus filas se ha desplegado una generosa energía social y los sueños de una sociedad mejor han tenido como costo una cuota de sangre de sus hijos más prominentes y leales.

En lo que a mi respecta asumo mi propia cuota de responsabilidad como parte de la directiva de estos años.

Pero es indispensable que aprendamos la lección. Un Partido Socialista como el nuestro puede y debe tener una configuración pluralista, pero debe contar necesariamente con una dirección única, con certezas y afirmaciones compartidas y respetadas por todos.

Quiero subrayar que tampoco es la respuesta el modelo de Partido jerarquizado y monolítico de la experiencia comunista. A través del mismo se encarnaron núcleos burocráticos de poder en los Partidos de izquierda cuyos efectos fueron catastróficos. Pero tampoco puede ser válido un camino de interminables disputas y de anarquización de la organización.

Ni la verticalidad burocrática ni la anarquía organizativa. Debemos constituir una cultura de convivencia interna de cariño y aprecio al Partido en que se articule la capacidad de disentir unida a un inalterable lealtad democrática.



Se trata de configurar una identidad socialista, correspondiente a un Partido popular, democrático y de izquierda, que procesa sus diferencias en un ejercicio sano y constructivo, pero que converge y presenta a la sociedad una voluntad política coherente, efectiva capacidad de acción y un fecundo esfuerzo innovador y propositivo.

En tal sentido, las tendencias que confluyen en la vida partidaria ya no se justifican como resabios de la etapa previa a la reunificación socialista. Todos en el socialismo hemos formado parte del juego tendencial, pero si este permanece anclado a cuestiones de poder perderá toda legitimidad. Por ello, he insistido en múltiples diálogos y reuniones, que el desafío principal está en el campo de las ideas y de la cultura, especialmente en la reconfiguración de la voluntad política, para entender el desafío social como un proyecto compartido, en que nuestros espacios de libertad no se cedan con el gusto amargo de una pérdida costosa, sino como una contribución valiosa al logro del objetivo común.

Representar a los desposeídos y a la mayoría nacional requiere un proyecto compartido, respeto mutuo, apoyo recíproco, y lealtad entre nosotros. Creo firmemente que llegó la hora de trabajar tras estos objetivos, que no son solo valores morales, sino también constituyen tareas políticas impostergables.

El ser socialista de hoy se conecta con las raíces más profundas de nuestra personalidad política de siempre y proseguirá luchando por los más débiles y desfavorecidos, por sus derechos y libertades, por más espacio para la dignidad de las personas y el bien común del conjunto de la nación y por una distribución de la riqueza social correspondiente a los niveles posibles y viables de una organización económica signada por la racionalidad y el esfuerzo colectivo y no por la sin razón y la explotación del ser humano.

Compañeras y compañeros:

Tenemos una sólida base en que apoyarnos. Somos la primera fuerza en el movimiento sindical, un actor decisivo en los movimientos gremiales de los sectores medios y tenemos presencia pujante en el movimiento juvenil y estudiantil. Día a día llegan a las sedes partidarias ciudadanos y ciudadanas que se afilian al Partido Socialista. Tal vez no pretenden tener un tipo de militancia "a la antigua", pero nos entregan su cálida adhesión, empujándose el número de afiliados a cerca de 90.000 personas. No obstante, existen fundadas críticas hacia el funcionamiento orgánico del Partido. Esta realidad se arrastra de años. Efectivamente, las comunicaciones internas no son buenas, pero están mejorando, incorporándose paulatinamente medios tecnológicos avanzados. Esperamos concluir la dotación de medios informáticos a toda la estructura interna del Partido.

De lo que se trata es de retomar la idea del "hacer Partido", de ampliar sus fronteras, que sea capaz de crecer y de ofrecer un cauce atractivo a las



inquietudes de las fuerzas y movimientos sociales y de quienes están dispuestos a entregar una cuota de esfuerzo personal a una causa común.

Estamos ante un nuevo reto histórico. No sólo cambiamos de siglo y milenio a la vez, sino que la estabilidad institucional del país indica claramente que el dilema entre democracia y dictadura, se ha resuelto a favor de la democracia.

Pero no por ello, el proceso histórico llegó a su fin. Sobre todo por que el lastre heredado del autoritarismo va más allá del ámbito estrictamente institucional.

Chile sigue cruzado por fuertes contrastes y contradicciones, que marcan el rumbo a seguir en los próximos años.

Hay que resolver el conflicto entre prosperidad y pobreza, incorporando al conjunto de las fuerzas sociales el desafío del crecimiento económico y social, fomentado un país integrado y no excluyente y abriendo paso, frente a las dificultades del contexto mundial, a un verdadero acuerdo social para crecer con igualdad.

Hay que dejar los resabios conservadores y autoritarios que coartan el ejercicio de los derechos, y libertades ciudadanas. Debemos conseguir que las diferentes formas de tutelaje sobre las personas como es la negación de una ley de divorcio vincular, sean superados por un país sin traumas y por una cultura libertaria.

Hay, también que lograr, el avance de las instituciones democráticas, para que sean más participativas, descentralizadas, regionalizadas y empapadas de sentido creador y espíritu moderno.

Estos temas trascienden los límites del periodo del actual gobierno y se refieren al contenido del Proyecto Histórico que propondremos a la sociedad chilena en las primeras décadas del siglo XXI. Sus raíces y fundamentos radican en aquellos principios y valores que han resistido la prueba del tiempo y que conciben al socialismo como un proceso continuo de construcción social para que la civilización sea posible, concebimos el socialismo como un gran acuerdo humano para edificar una nación en que el valor y la dignidad de cada cual se complementen, articulen y sea condición para el libre desenvolvimiento de todos.

Nuestras metas siguen siendo la dignidad del ser humano, la libertad, el ejercicio de sus derechos fundamentales y la conquista del progreso como un resultado compartido, en una ascendente realización de la igualdad de oportunidades, que es la participación de todos en los frutos del progreso.



Como se cristalizan tales fines en la sociedad concreta del Chile de hoy, como avanzar sin renunciar a los principios, pero siendo eficaces en la práctica, tal es el objeto de nuestro estudio y debate.

Como hacer del Partido Socialista, un actor y un instrumento fundamental del proceso social en las décadas venideras.

Se trata de reponer en el sentido común la idea que edificar una sociedad nueva y más humana es posible, que los sueños no solo son anhelos bellos pero inalcanzables, sino que contienen aspiraciones legítimas que pueden hacerse realidad.

En consecuencia, se trata de revalorizar la política como ejercicio de una acción social con sentido transformador y fines capaces de movilizar las fuerzas sociales y modificar positivamente la calidad de vida de millones de personas. En definitiva, se trata de restituir la condición del ser socialista, como animador principal de la búsqueda y realización de más espacios de libertad y equidad.

Hemos dicho con énfasis y claridad que pasó el tiempo de los "modelos" de sociedad herméticos, rígidos y autosuficientes, pero no el de las opciones diferenciadoras, de la toma de posición frente a los temas cruciales de la civilización, sobretodo, ante un desarrollo deformado y deshumanizado que cruza y conmueve la actual situación en América Latina y el mundo.

El derrumbe del comunismo y la arrogancia neoliberal no nos deben provocar temor o vergüenza ante nuestra condición de socialistas. Sin nosotros, sin la izquierda, la democracia estaría condenada a ser exclusivamente el banquete de los poderosos, o sea, no sería democracia.

Nuestro punto de vista es de pleno compromiso con la suerte del proceso democrático y ha compartido aciertos y limitaciones de los gobiernos concertacionistas a los que en ningún momento hemos "regateado" nuestro apoyo.

Solicitamos hacia el Presidente Ricardo Lagos, la misma conducta que nosotros tuvimos, con los ex Presidentes Patricio Aylwin y Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Es cierto que con ellos tuvimos diferencias. De modo especial, cuando nos opusimos a propuestas que, más allá de las buenas intenciones encerraban el riesgo de configurarse en leyes de "punto final"; es decir, en mecanismos que condujesen a que el tema de los derechos humanos concluyera sin verdad y sin justicia. Discrepamos en temas de principios, pero nuestra lealtad estuvo por encima de cualquier duda.

Por ello tenemos autoridad moral para advertir que nos preocupa el método y el lenguaje que se ha instalado en los últimos meses de cuestionar y condicionar el apoyo a las propuestas gubernativas, tal como ha ocurrido



en los proyectos sobre reformas laborales, sobre evasión tributaria y recientemente , sobre la iniciativa de ley conocida como Rentas Municipales II. En todos estos casos, nos hemos guiado por el criterio de poner el acento en lo que nos une y no en lo que nos separa como alianza de gobierno, pero ello no modifica la inquietud que nos brota ante la responsabilidad común, de respaldar al gobierno frente a una situación regional y mundial de fuertes turbulencias.

Mucho se especula sobre el futuro de la Concertación, resulta evidente que la tarea es restablecer las confianzas y el apoyo conjunto al gobierno. Desde el Partido Socialista proseguiremos bregando por la solución constructiva de sus actuales tensiones y diferencias. Convocamos a un nuevo esfuerzo para que dialogando, restituyamos su textura organizacional y su función esencial como alianza de gobierno. Únicamente con una real voluntad de entendimiento y actuando concientemente para superar la atmósfera de recelos, estaremos en condiciones de resolver el desafío del 2005. El lavinismo es derrotable, más aún, comenzó a declinar, según los sondeos de opinión recientes, pero utilizar las potencialidades con que contamos requiere madurez y auténtica vocación de reponer un proyecto común.

Reiteramos que el problema principal es anular la soberbia del proyecto autoritario de la derecha, para lo cual requerimos renovar el trabajo unitario, gobernar con auténtico sentido social y movilizar las energías del país hacia propósitos concretos: la agenda social de Lagos, la superación del desempleo y la reactivación económica del país.

Asimismo, nos orientamos por la necesidad del fortalecimiento de las instituciones democráticas para lo cual promovemos una línea de acción que empuje "lo posible" más allá de los vetos de la derecha, de modo que el gobierno tenga respaldo social mayoritario y que las reformas aprobadas electoralmente adquieran efectiva vialidad para doblegar las mezquindades y agresividad de la oposición.

Respaldamos el esfuerzo del Presidente Lagos para que se concreten reformas constitucionales que abarquen los temas de fondo y no sean una mera cosmética para aumentar los cupos senatoriales.

Tales reformas deben incluir como aspecto medular de una nación democrática, el reconocimiento constitucional de los pueblos indígenas.

Nos emociona la solidaridad de la sociedad Chilena con las víctimas de los temporales y la sensibilidad de la gente ante las calamidades que afectan a sus vecinos; pero nos causa profundo rechazo el clientelismo autoritario con el cual la derecha fomenta la compra de conciencias, repartiendo migajas en las poblaciones.

Nos hacemos parte de la lucha contra la censura y por una cultura liber-



taria, rechazamos convertir la política en un negocio y que en la sociedad se imponga el dinero como medida del valor del ser humano.

En este periodo globalizador que viola la diversidad y la capacidad de cada nación de formular sus propias metas y los caminos que mejor representen sus intereses, requerimos concebir y desarrollar nuestra propia manera de pensar en los caminos inexplorados de un mundo que se mueve a velocidad vertiginosa. Ni la vieja retórica populista ni la moda neoliberal. Necesitamos una visión actualizada, muy chilena y realmente moderna para el cambio que impulsamos, sus fundamentos éticos y valóricos. Ante el vacío de ideas se requiere la revalidación de una cultura democrática que venza los miedos generados por el conservadurismo y el extremo egoísmo de la repartición actual del poder y la riqueza.

Pero también, requerimos líneas concretas de acción que representen a los más amplios sectores, que viven no sólo con perplejidad sino con un sentimiento de creciente inseguridad, esta nueva realidad universal.

Para ello, se requiere un estilo de hacer política que el Partido no ha generado con el vigor necesario. Un estilo de reflexión profunda pero afectiva, cercana, propositiva, que supere ensimismamientos que nos aíslan y debilitan. Una acción política más asertiva, que no debe confundirse con el protagonismo escénico, exclusivamente mediático, que se ha venido imponiendo en los últimos años en la situación nacional.

Encontrar la justa manera para que las fuerzas sociales mayoritarias encuentren en una política democrática de izquierda su correcta representación es el desafío que tenemos.

Hoy nuestra democracia requiere de una gran fuerza de izquierda democrática, que se expresa en nuestro Partido Socialista.

Una fuerza que actúe con máxima amplitud, que tenga un gran sentido unitario, pero que posea la potencia, la voluntad y la consistencia para hacer pesar los intereses populares en la conducción de los destinos del país. Una fuerza que no se agote en lo mediático, que no comience ni termine en las cuñas televisivas, pero que tenga una presencia real y efectiva en la toma de las decisiones, aquellas que afectan la vida y el futuro de millones de personas.

Tal es el sentido de la acción política de los socialistas. Desarrollar una estrategia que a través de sucesivas reformas garantice democracia y justicia social, prosperidad y bien común, crecimiento e igualdad de oportunidades. Tal estrategia requiere apoyar a Lagos sin "peros" y una acción social profunda y sistemática que le de vigor a las expresiones populares, que ensanche los espacios libertarios y reduzca el conservadurismo y el clientismo autoritario. Tenemos que derrotar el bloqueo de la derecha, superar las



inconsistencias de la "moda seudoliberal y superar la amargura contestataria de los grupos más radicalizados.

Marx en una de sus frases célebres señaló: "Nada de lo humano me es ajeno".

El Partido Socialista como fuerza colectiva puede afirmar lo mismo, "nada de lo humano le es ajeno", periodos de auge y de retroceso, intuiciones formidables e inercias paralizantes, momentos de victoria y de sufrimiento, así como la epopeya sin igual de sus héroes, conocidos y anónimos, que supieron apretar los dientes y no rendirse ante la brutalidad dictatorial.

Gracias a lo que hemos hecho, a la amplitud de nuestra política, a su flexibilidad y perseverancia, se yergue hoy el monumento de Salvador Allende frente a La Moneda, simbolizando ante la historia de Chile, que ni con el crimen ni con la fuerza lograron avasallarnos.

Este Partido que ha hecho historia debe ahora descifrar y resolver los nuevos desafíos.

Contribuyamos todos a que así ocurra.